

Agradecimientos

Es sorprendente la cantidad de temas de los que no sé nada, pero por suerte hay muchas personas generosas dispuestas a compartir sus conocimientos.

Louis B. Curran, Julie Kistler, David Blum, Harriet Pilger, Jane Langdell, Susan Tanenbaum y el juez Alvin Cohen, mi consejo de asesores jurídicos, muchísimas gracias por vuestra ayuda; espero no haber cometido demasiados errores al trasladar vuestros conocimientos a mi libro.

Gracias especiales a Cynthia Parker y Cass Robertson por su ayuda con sus perspicaces observaciones para hacer justicia a mis personajes afroestadounidenses; a Denise Little por su información sobre el programa Hermana Mayor/Hermana Pequeña; a Catherine Abbot Anderson y Alice Cherbonnier por su información sobre lo que significa ser cuáquero; y a Tracy Farrell por su información sobre cómo cuidar un cabello pelirrojo muy rizado.

Gracias también a los de siempre: mi sospechoso amigo John Rekus, mi intrépida editora Gail Fortune, mi siempre alentadora agente Ruth Cohen, y a Mary Kilchenstein por su buen ojo y a Pat Rice por sus principios generales.

Prólogo

Hizo a un lado los restos de su última comida: camarones al estilo criollo del sur, pan de maíz y *mousse* de chocolate, con whisky de malta escocés para regarlo. Había bebido bastante whisky, para mellarle un poco el filo al miedo. Moriría tal como había vivido, con fría superioridad.

Llegaron los guardias para llevarlo a la sala de ejecución. Ya conocía a todos los guardias habituales del corredor de la muerte. Ninguno de ellos lo quería, de eso se había encargado él, pero ninguno se sentía feliz por ese último trayecto suyo. Esperaba que tuvieran pesadillas.

Sólo tenía que caminar unos pasos por el corredor para llegar a la sala donde se realizaba el asesinato legal. Con la cara serena, rechazó el ofrecimiento de consuelo de un sacerdote y apenas miró a las personas que habían acudido a verlo morir. Puso especial cuidado en no mirar a los ojos al único de sus familiares presente; ése sí esperaba que tuviera pesadillas, faltaría más.

Los guardias lo ataron a la camilla. Tuvo que hacer un esfuerzo para aparentar que no le importaba.

Eran tres inyecciones, la primera para dejarlo inconsciente, la segunda para paralizarle la respiración, la tercera para pararle el corazón. Se encogió involuntariamente al sentir el pinchazo de la primera aguja. Entonces sintió el segundo...

Rob Smith se despertó bruscamente, con el corazón retumbante y la cara mojada de sudor. Siempre despertaba en ese momento, justo antes del fin. ¿Dejaría de tener esa pesadilla si alguna vez llegaba hasta el fin? ¿O se le pararía silenciosamente el corazón como si de verdad le hubieran inyectado la sustancia letal?

Se quedó mirando el cielo raso en la oscuridad, tratando de normalizar la respiración. Poco a poco se le fue desvaneciendo la tensión. Después de todo, nunca había estado en el corredor de la muerte esperando la ejecución. Era el simple Rob Smith, un hombre cuyos únicos delitos eran del tipo que no se juzgan en un tribunal.

Lo que no era lo mismo que ser inocente.

Capítulo 1

Val Covington entró como una tromba en la oficina balanceando el maletín.

—Lamento el retraso, Kendra, el juez tenía ganas de hablar. ¿Llegó de Houston el paquete de FedEx?

Kendra Brooks levantó la vista de la pantalla de su ordenador. Auxiliar jurídica titulada, y secretaria ayudante de Val cuando era necesario, era alta, atlética, y poseía un sentido de la elegancia que la hacía parecer una supermodelo internacional.

—Sí, los documentos están en tu mesa lateral, porque tu escritorio podría desaparecer bajo el montón de papeles. Pero puedes tomártelo con calma, Val. Llamó Howard Reid para decir que hay que aplazar la declaración de esta tarde.

—Al honorable abogado contrario le encanta su golf y seguro que decidió que hacía un día demasiado bueno como para perderlo entre cuatro paredes —comentó Val, sarcástica—. De todos modos, puedo aprovechar el tiempo para ponerme al día.

—Jamás te pondrás al día. Estar siempre a tope de trabajo es lo normal en Crouse, Resnick y Murphy.

Kendra Brooks volvió la atención a su ordenador, moviendo sus oscuros dedos a una velocidad que parecía humanamente imposible.

—Qué consoladora eres.

Con pasos más moderados, Val abrió la puerta que conectaba las dos oficinas. Después de quitarse la chaqueta del traje sastre y

colgarla en el armario, se sentó en su sillón y conectó el buzón de voz. Once mensajes, tres de ellos urgentes. Una vez que los contestó, hizo una rápida tría de los mensajes por e-mail. Envío respuestas rápidas a algunos, tomó notas de otros para contestarlos después e imprimió otros pocos.

—¿Jefa? —dijo Kendra por el intercomunicador—. Bill Costain quiere verte mañana a las nueve de la mañana. ¿Estás de acuerdo?

Val revisó su agenda. Había pensado emplear ese tiempo en trabajar en un informe, pero la fábrica de Bill era su cliente más importante, y él era simpático, además. Podría hacer el borrador del informe esa tarde.

—Muy bien. Pregúntale si prefiere su oficina o la mía.

Kendra se rió.

—Eso lo hará feliz, seguro.

Val iba a volver a sus e-mails cuando sonó el teléfono de su línea directa. Puesto que el número sólo lo tenían unos pocos amigos y clientes muy importantes, lo cogió inmediatamente.

—¿Sí?

—No me lo digas, nuevamente estás superocupada; me lo dice tu voz. —El comentario fue seguido por una famosa risa ronca.

—Rainey, ¿cómo estás? —Contenta al oír a una de sus más viejas amigas, Val inclinó hacia atrás el asiento del sillón y puso los zapatos de tacón alto sobre el escritorio—. Prometo dedicarte toda mi atención. ¿No estarás en Baltimore por casualidad?

—No, hoy estoy todo el día en Los Ángeles, en reuniones de trabajo. Tedioso.

Val sonrió de oreja a oreja. Raine Marlowe era actriz, productora y directora de gran éxito, pero no había logrado ese éxito gracias a que le gustaran las reuniones. Incluso cuando estaba en básica, prefería la acción a la conversación.

—¿Te han dado luz verde para tu próxima película?

—Se acerca, pero nada de champán todavía. Pronto, espero. Tenía otro motivo para llamarte —continuó, cambiando el tono—. ¿Te acuerdas de cuando estuvimos trabajando juntas en el guión para *Centurion* y te dije que sin tu ayuda habría renunciado?

—Sólo te sentías deprimida ese día. Al siguiente habrías vuelto a él y le habrías hincado tus dientes de terrier.

Rainey no era el tipo de persona que tira la toalla fácilmente. Contra viento y marea, escribió, produjo y dirigió una película basada en una novela victoriana titulada *The Centurion*, y la vio convertirse en un éxito que proporcionó varios oscars a ella y a su equipo. Con eso estaba en buena posición para crear otras películas que la entusiasmaran.

—No habría renunciado, probablemente —admitió Rainey—, pero tú fuiste esencial, tanto en la preparación como en el rodaje, cuando yo estaba al borde de un ataque de histeria. Por eso puse tu nombre en los créditos de la película.

—Eso me dio una alegría tremenda —dijo Val sonriendo—. Un añadido más a mi imagen de mujer desmadrada entre los elementos más serios del colegio de abogados de Baltimore.

—Cuando quieras trasladarte a Los Ángeles para dedicarte a producción tienes trabajo esperándote. Varios trabajos.

—De ninguna manera, Rainey. Lo pasé fabuloso trabajando contigo en esa película, pero el espectáculo no es para mí. No tengo tanto de cingara en el alma.

—¿Te acuerdas de que te dije que te daría un porcentaje de los beneficios?

Val pensó un momento.

—Vagamente, pero me imaginé que simplemente estarías sufriendo un trastorno diabético por sobredosis de caramelos. Todo el mundo sabe que la participación en beneficios no significa nada, los contables de Hollywood tienen fama por asegurarse de que las películas no den nunca beneficios, aun cuando tengan un éxito loco.

—Los contables no hacen esos juegos con mis películas. Incluso sin ningún efecto especial, *Centurion* fue un éxito sólido en todo el mundo, y en los mercados secundarios. Tu porcentaje ya va por encima del millón de dólares, y continuará creciendo.

A Val casi se le cayó el teléfono.

—¡Bromeas!

—En esto no —dijo Rainey, en tono satisfecho—. Así pues, ¿qué vas a hacer con este dinero inesperado?

Val se apoyó en el respaldo, algo aturdida.

—Pues... será una fabulosa adición a mis fondos para la jubilación.

—¡Demonios, Val! —exclamó Raine—, una cartera gorda no es la cura para lo que te aqueja. Tienes treinta y tres años. ¿Por qué actuar como si tuvieras un pie en la tumba y el otro en el comedor de beneficencia? La vida es para vivirla ahora, no para... —dejó sin terminar la frase—. Perdona, ese es tu dinero, para que lo gastes como te venga en gana. Pero siempre te estás quejando de tu trabajo. ¿Por qué no aprovechar esto como una oportunidad para hacer algo que te guste?

Val cayó en la cuenta de que se estaba frotando la nuca y se obligó a parar.

—Buena pregunta. Tendré que pensarlo. Comenzaré por descubrir qué deseo hacer cuando sea mayor.

—Hazlo, por favor —dijo Rainey con la voz más suave—. Ya le has demostrado a tu padre que eres una abogada fenomenal. Es hora de que encuentres el trabajo que te haga dichosa.

Las viejas amigas sabían demasiado.

—Lo dices como si fuera fácil.

—No lo es, claro, pero es factible. ¿Por qué no le planteas a ese afilado cerebritito tuyo la pregunta de qué deseas hacer con el resto de tu vida? Es hora de pescar o cortar el sedal, Val. Tienes la oportunidad de cambiar tu vida. Si no lo haces, pierdes el derecho a quejarte de tu trabajo.

—Cielos, ¿qué pasatiempo tendría si no pudiera quejarme del trabajo?

Confusa y desconcertada, cambió de tema preguntándole por su marido y su hija. Su amiga tuvo que ceder, y el resto de la conversación continuó con temas no peliagudos.

Rainey se despidió y colgó, pero Val no volvió a sus e-mails. Se puso a mirar por la ventana de su oficina. La espectacular vista de la bahía de Baltimore de la que gozaba era una de las recompensas visibles de años de trabajo arduo. Acababan de hacerla socia de Crouse, Resnick, y estaba a punto de pasar de un buen sueldo a cifras importantes. Era una de los principales abogados de la ciudad y tenía los arreos para demostrarlo.

Pero decir que se sentía ambivalente respecto a su trabajo era decir poco. Tenía la suerte de que sus amigas siguieran permitiéndole quejarse. Su trabajo era tan exigente que a veces se sentía como un hámster haciendo girar una rueda lujosa. Aparte del permiso que

pidió para ir a ayudar a Rainey durante el rodaje de la película, no se había tomado unas verdaderas vacaciones desde hacía años. No había tenido tiempo ni energía mental para pensar en un cambio.

¿Qué deseaba hacer cuando fuera mayor? Si no se ponía en marcha, seguiría tratando de encontrarse a sí misma cuando estuviera en una residencia de ancianos.

Sacó el bloc amarillo de abogada, trazó una línea en el medio de la primera hoja y comenzó a hacer la lista de los pros y los contras de su trabajo. En el lado positivo, le gustaban los desafíos mentales, el sueldo era bueno y pronto sería muy bueno. Después de una infancia pasada apretando céntimos hasta que chillaban, encontraba cómodo y agradable tener dinero en el banco. Después de terminar de pagar los préstamos para los estudios y la escuela de derecho, había ayudado a su madre a comprarse una casa, y luego se había comprado su propia casa soñada. En esos momentos estaba ocupadísima ahorrando dinero para la jubilación y los días lluviosos. Sí que le gustaba tener esa seguridad.

En el lado negativo, una abogada especializada en litigios tenía que tener la piel dura de un rinoceronte. No ser así de dura podía ser muy doloroso, y no sabía qué era peor, si sufrir o convertirse en una insensible hacha de batalla. Aunque la acusaban de ser lo segundo, no creía haber llegado ahí todavía. Pero era un verdadero peligro.

Volviendo al lado positivo, según Rainey, a ella le gustaba demostrarle a su padre abogado lo inteligente y exitosa que era. Sus dos hermanastras eran unas cabezas de chorlito, aunque encantadoras. Pero se habían criado en la misma casa con su padre, en cambio ella no. Nada podía cambiar eso ya, por muy buena abogada que fuera.

Otro punto negativo importante: estar demasiado ocupada para tener una vida, por ejemplo marido e hijos. Por mucho que quisiera a sus gatos, no era lo mismo.

Casi había llenado la página con pros y contras cuando se abrió la puerta y una alegre voz anunció:

—Ha llegado el almuerzo.

Al levantar la vista, Val vio la elegante figura rubia de Kate Corsi, otra vieja amiga que había vuelto a Baltimore y hacía un par de años se volvió a casar con su ex marido. Eso tenía la enorme ventaja de que la podía ver periódicamente en lugar de contentarse con llamadas telefónicas o escasas visitas al otro lado del país.

Dejó el bloc a un lado, aliviada.

—Hola, Kate. Esto es como esas semanas de aquellos tiempos, Rainey acaba de llamar. ¿Qué te ha traído al centro? ¿La búsqueda de un edificio para demoler?

Vestida con un traje gris de mujer de negocios seria, Kate dejó sobre el brillante escritorio una bolsa de papel y luego acercó una silla para sentarse al otro lado.

—Hoy no. Tenía una reunión por aquí cerca, así que llamé a Kendra para saber si estabas disponible. Dijo que sí, por lo que pasé por esa tienda árabe de bocadillos que hay en esta manzana.

—¿Falafel* en pan de pita? —preguntó Val entusiasmada.

—Más ensalada de pepino, un par de *baklavas* y zumo de mango para beber. El café lo pones tú.

—Hecho. —Val fue a la pequeña pica y puso agua en la cafetera para preparar el café—. A Rainey le va estupendamente. Y me ha dado una inesperada buena noticia.

Kate sonrió de oreja a oreja.

—Qué coincidencia. Yo también tengo una buena noticia.

Val detuvo el movimiento al captar el tono en la voz de su amiga. El peor día de su vida, Kate estaba hermosa, pero ese día estaba radiante.

—¿Estás embarazada?

—¡Sí! —exclamó Kate, feliz.

—¡Maravilloso!

Disimulando una punzada de envidia, Val dio la vuelta al escritorio para abrazarla.

—Felicidades. ¿Cómo se siente Donovan?

—Está todo aturdido, sentimental y romántico. El único inconveniente es que está dando señales de querer tratarme como si yo estuviera hecha de cristal soplado.

—Si quiere quitarte ese casco duro para que no puedas andar saltando por edificios en demolición, estoy con él.

Kate sacó los bocadillos de la bolsa y los puso sobre servilletas.

* *Falafel*: garbanzos, cebolleta picada, perejil, ajo machacado. *Baklava*: pasta oriental parecida al hojaldre rellena normalmente con miel, y cubierta de almíbar. (*N. de la T.*)

—Los dos sois unos miedicas. Me imagino que aún estaré bien un par de meses más por lo menos. No te preocupes, cuando comience a sentirme pesada, me quedaré en la oficina hasta el final.

Val comenzó a comer su bocadillo, pensando que su amiga mostraría un buen sentido común y sería una madre fabulosa. Además, cualquier bebé de Kate y Donovan sería precioso. Un hijo nacido del amor...

—¿Te ha fastidiado la noticia? —le preguntó Kate en voz baja—. Después de todo tú y Donovan...

Val se apresuró a negar con la cabeza.

—Nunca fue algo serio. Fíjate con qué rapidez le puso fin cuando tú decidiste volver a Baltimore. Pero... reconozco que mi reloj biológico acaba de sonar bastante fuerte.

Kate la miró atentamente a la cara, pero sólo dijo:

—¿Has dicho que acabas de tener una buena noticia de Rainey?

—En realidad es una de esas noticias con una parte buena y una parte mala. La parte buena es que Rainey me dio un porcentaje de beneficios por mi trabajo en *Centurion*, y ahora esto asciende a una asombrosa cantidad de dinero. —Tragó el último bocado—. La parte mala es que Rainey me ha informado de que si no empleo ese dinero en cambiar mi vida, no puedo seguir quejándome de mi trabajo.

—Vaya. ¿Y qué vas a hacer?

—Que me cuelguen si lo sé —dijo Val, sin lograr sacar un tono alegre.

—De acuerdo, entonces comencemos por lo básico. —Kate se limpió las manos, pensativa—. Me imagino que te gusta la abogacía, sino no serías tan buena en tu trabajo. Pero este bufete de medias de seda no es tu estilo. Sólo porque tu padre...

—Guárdate los comentarios sobre mi padre. Rainey ya ha tocado el tema. —Hizo un gesto hacia el bloc—. Estuve haciendo las listas de pros y contras de este trabajo y no he llegado a ninguna parte.

Kate cogió el bloc, echó una mirada a las listas y luego arrancó la hoja y la rompió en trocitos.

—Éste no es un asunto que pueda resolverse con un análisis racional. Si quieres descubrir qué tipo de trabajo te gusta, saca la cabeza del dogal y recurre a tu corazón. Por ejemplo, me parece

que siempre te ha gustado el trabajo que haces de forma gratuita, el que normalmente tiene más que ver con personas que con empresas. ¿Por qué no abres tu propio despacho y usas esa ganancia inesperada para subvencionar los casos que te interesan?

Val se detuvo a mitad del zumo de mango.

—Bueno, ésa sí es una idea. La abogacía me fascina, pero con demasiada frecuencia la justicia se mide por el tamaño del billetero del cliente. No obstante, sería difícil llevar un despacho con sólo casos gratuitos.

—Si te marchas de aquí, algunos de los clientes que pagan se irían contigo. Eso bastaría para que siguiera entrando dinero. —Con los ojos brillantes, Kate se apoyó en el escritorio con los brazos cruzados—. Imagínate una vida en la que tú decides las horas que deseas trabajar. En que puedes coger los casos que realmente te interesan. En que puedes decir no a los clientes que no te caen bien. Ese es el lujo que da el dinero, Val, la elección.

La visión de Kate era seductora, y condenadamente aterradora.

—Es una posibilidad interesante, ¿pero por dónde empezaría? Estamos hablando de cambios importantes, importantísimos. Trabajando sola no podría coger los casos grandes, complicados, que llevo ahora.

—Voy a simular que esa pregunta no ha sido retórica. Necesitas una ayudante inteligente como Kendra para que te lleve el despacho; si le presentas un buen cebo, es posible que se vaya contigo. En cuanto a no poder llevar casos importantes, ¿no me dijiste una vez que es posible contratar abogados cuando es necesaria más ayuda? Podrías dar trabajo a algunas de tus amigas abogadas que han dejado el mundo empresarial para criar a sus hijos.

—Tienes todo esto pensado mientras yo sigo pestañeando deslumbrada ante las posibilidades.

Kate sonrió.

—Para mí es fácil, no es mi vida. Necesitarás el espacio físico de una oficina, lógicamente, a no ser que quieras trabajar en tu casa.

—No quiero que una oficina invada mi casa. Si voy a trabajar para hacer el bien, tendría que evitar las oficinas caras del centro y elegir un local de barrio. Algún lugar donde sea fácil aparcar.

—¿Qué te parece la zona Hamilton? Es agradable, precios razonables y te queda a un trayecto corto y cómodo desde tu casa.

Val pensó en Hamilton. Un barrio obrero del cuadrante nororiental de Baltimore, era modesto y seguro.

—¿En esa zona hay espacio para oficinas aparte de los locales con escaparates de Harford Road? No quiero llevar casos de divorcio. Ese trabajo es muy doloroso.

—En realidad... —Kate sacó una agenda electrónica del bolso y pulsó varias teclas—. Donovan tiene un amigo llamado Rob Smith, al que conoció en una de esas actividades benéficas de fin de semana, de trabajos de arreglos de casas. Se hicieron amigos hablando de los materiales Sheetrock para construcción y bricolaje. Rob es un tío simpático que hace trabajos de carpintería y remodelación. Compró una iglesia abandonada en Old Harford Road y la remodeló para local comercial, pero está teniendo dificultades para alquilarla. —Escribió un número de teléfono y una dirección en una hoja del bloc—. Échale un vistazo a ver si te gusta.

Val miró la dirección.

—Haces parecer posible esto.

—De eso se trata. Has demostrado que eres capaz de ejercer tu profesión en el centro, pero no quieres pasar el resto de tu vida aquí, de eso estoy segura. —Miró su reloj—. Tengo que correr, es más tarde de lo que pensaba. —Bebió de un trago lo que le quedaba del café y se levantó—. Estás en una posición para elegir entre muchas alternativas, Val. Igual te apetece dejar del todo la abogacía y sacar el certificado para enseñar en parvulario. O convertirte en veterinaria e instalar un centro para atender gatos. Explora las posibilidades. Descubre lo que te hace reír. No es mucho lo que has reído estos últimos años. El cambio da miedo, pero impide morir por dentro.

Dicho esto, Kate cogió su maletín y salió con la misma rapidez con que había entrado. En el repentino silencio que quedó, Val hizo una respiración resollante, como si la hubieran derrotado en una lucha con almohadas. Nada igual a tener amigas que dan buenos consejos los quiera uno o no.

«Una cartera gorda no es la cura para lo que te aqueja.»

Esas sagaces palabras de Rainey la habían hecho reconocer lo mucho que había llegado a buscar la seguridad en el dinero. Miró por la ventana sin ver, pensando en qué se había equivocado. No al elegir la facultad de leyes, aunque sus motivos fueran un enredo de

espaguetis buenos y malos. Sí, había deseado impresionar a su padre, pero también le gustaban los retos y la disciplina exigidos por la abogacía, y sus talentos eran los adecuados para ese trabajo. Disfrutaba analizando casos, investigando precedentes y antecedentes, ideando estrategias ingeniosas y actuando en los tribunales. El bufete en el que trabajaba le gustaba, además cada día era diferente.

Pero en algún momento a lo largo del camino había perdido el rumbo. «Una cartera gorda no es la cura para lo que te aqueja.» Era extraño su deseo instintivo de ahorrar el dinero ganado con la película, teniendo en cuenta que en el aspecto económico las cosas le iban bien, tenía un buen trabajo, una hermosa casa y una saludable cantidad de ahorros. Sin embargo se había aferrado a ese millón de dólares (deducidos los considerables impuestos) como si ahorrar ese dinero fuera esencial para evitar la indigencia.

Le vino a la mente el recuerdo de un novio emocionalmente necesitado que vivía al borde del desastre económico porque intentaba llenar los agujeros de su espíritu derrochando su dinero de forma exagerada. Eso jamás le dio resultado; la satisfacción de comprar desaparecía a las pocas horas mientras que las facturas se iban acumulando.

Tuvo que romper con él a su pesar, al verse incapaz de soportar sus problemas económicos crónicos, y sin embargo no había reconocido la similitud que había entre ellos. Los dos ponían demasiada fe en las cosas materiales: él gastando y ella ahorrando. En algún momento se había convertido en Ebenezer Scrooge sin darse cuenta.

¿Había conocido alguna vez la paz interior?, pensó. Sí, cuando era niña había habido ocasiones en que se había sentido serena y satisfecha. Pero en esos momentos se sentía desasosegada y desgraciada, corriendo tanto en su trabajo que nunca tenía tiempo para pensar en su vida. Tenía que aminorar la marcha para encontrar una manera de sanar su maltrecho espíritu antes de que quedara estropeado sin remedio.

La pregunta era: ¿cómo?